

“EL HOMBRE DE LA PARADA”

Esta mañana he vuelto a subir a nuestro autobús añorando la rutina de tu recuerdo. Al llegar a tu parada, no había nadie guardándote el sitio. No estabas allí para levantar la mano y frenar el tiempo. El autobús pasó de largo, ajeno a que yo ya no puedo tragarme el nudo raído de mi garganta. Miro por la ventanilla y las lágrimas de lluvia seca sobre el cristal me recuerdan que por fin el invierno se ha tragado el otoño. Me quedo inmóvil mientras el mundo se agita a ambos lados como remolinos de incertidumbre. ¿Dónde estás? No sé si bajar y perderme, y buscarte para encontrarme en el laberinto de tu mundo cuadrado, tan cuadrado como tu barrio, donde te sentías preso, involuntariamente, en un mundo sin candados.

Hombre de mirada perdida y de temblor de manos. De movimientos lentos y de arrastrar de pies. Subías al autobús con esa sonrisa torcida y tímida, agarrándote a las pocas habilidades sociales que aun conservas. Buscando un asiento libre al lado de quien te de buena espina. Puro arte y puro desastre. Qué injusta la vida, que del mismo modo que te da, te quita. A golpe de vista nadie adivinaría que antaño rozaste el éxito con las puntas de los dedos, hasta que una enfermedad caprichosa te arrebató el derecho a dominar tu mente, convirtiéndote en el resultado de una dosis de medicación.

Hombre de mucho madrugar y de poco dormir. Muy de calle y poco de casa. Cruzabas el autobús a zancada de zapatilla vieja, escondido dentro de una chaqueta azul marino, de solapa casposa. Tu olor, una extraña mezcla de tabaco y colonia de barón, del Dandy de botella grande. El amarillo ocre de las manchas de tus dedos te delataban. Quemabas la inquietud a golpe de calada profunda. Tu mirada gacha parecía huir de quien te rehuía. De los murmullos de ignorantes de traje planchado y arrugas en el alma. De las señoras que, a tu paso, se agarraban el bolso y se hundían en su asiento. De los

juicios de jueces sin carrera. Perdona si un día yo también te miré así. Quizá lo hice y lo ignoro por vergüenza de mí misma, por miedo a descubrir que un día yo también carecí de empatía en un mundo que crece desde el ombligo de uno mismo.

Te sentabas a mi lado y el mundo me parecía más humano. Tu pelo, en el que llevabas tatuadas cada una de las púas de un peine que se me antojaba mojado en colonia, seguramente no había sido lavado a conciencia en mucho tiempo, pero sonríó al pensar que mucho peor es quién tiene el alma sucia y se ducha todos los días, como si el agua lavara conciencias. Tu sonrisa lenta y ladeada, dejaba entrever unas encías casi huérfanas de nácar. Las palabras se te atropellaban en la boca. Entonces me pedías un euro para un café, eso sí, descafeinado, órdenes del médico. Nunca me sentí obligada a dártelo, y las tantas veces que no lo hice, no me negaste ese guiño de ojos que sin hablar lo dice todo. Ese que dejaba asomar tu corazón entre tanta medicación.

Hace días que el asiento de mi lado está huérfano. Ya no me esperas en la parada. Hombre parco en palabras pero generoso en sentimientos. Peregrino errante de calles asfaltadas. Parte imprescindible de la rutina de este pequeño barrio obrero. Incapaz de pecar ni de pensamiento, palabra u obra, como rezan los católicos. Hombre con DNI en el bolsillo pero sin derecho a controlar ni las monedas de sus bolsillos. Rodeado y querido en la calle, pero sólo al final del día tras las puertas de una casa que guarda para sí tus miedos y tus debilidades.

Ojalá estés bien. Ojalá subas al autobús mañana y pasado mañana. Por si acaso, por si un día vuelvo a adivinarte a lo lejos, antes de subir al autobús cada mañana me aseguro de llevar dos euros en el bolsillo, porque el próximo café, quiero tomarlo contigo.

Mitzia